

sosten de la misma religion. Parece, pues, indispensable, ó que esa palabra *prohibidos* no perjudique á la lista que haya de hacer el gobierno ó V. M., ó que se admita la adición del Sr. Villanueva, y pase á la comision."

„El Sr. Argüelles: „Señor, la comision bien previó las dificultades que propone el Sr. Mexía, y yo estoy tan de acuerdo con sus principios que me convendría enteramente si no viera que si se dexa de aprobar el artículo, se entorpece el decreto y su publicacion. Esa palabra *prohibidos* es relativa, y supone que ha de haber prohibicion; es decir, que el Congreso ó el Gobierno dirá qué libros deben quedar prohibidos y sin circulación. Porque no ha podido prescindir de este principio: ¿habrá en España prohibicion de algunos libros, sí ó no? En la hipótesi de la afirmativa dice la comision que el rey tomará todas las medidas necesarias para que no se introduzcan por las fronteras aquellos libros que por la autoridad correspondiente hayan de declararse prohibidos. Si se atiende á lo que exponen el Sr. Villanueva y el Sr. Mexía, se ve que lo que interesa es que no se retarde la formacion de esta lista, porque se dice muy bien que el expurgatorio será la pauta ó regla por donde se gobernarán en las aduanas, y resultará una monstruosa contradiccion de que se prohíba la introduccion de un libro que contendrá una doctrina que hoy es acaso una ley fundamental de la monarquía, pues tenemos prohibidos un sinnúmero de libros de los mejores publicistas. Con que así creo que de ninguna manera se debe detener la votacion de este artículo, porque la palabra *prohibidos* es relativa á los libros que despues de la declaracion de la legítima autoridad hayan de tenerse por prohibidos. Y para esto se podrá tener en consideracion la adición del Sr. Villanueva, pues el expurgatorio subsiste todavía, y urge que se haga lo que en ella se pide."

Procedióse en seguida á la votacion del sobredicho artículo I del capítulo II, y quedó aprobado.

SESION DEL DIA 3 DE FEBRERO DE 1813.

Hizo el Sr. Villanueva la siguiente proposicion:

Debiendo tener la nacion un índice expurgatorio de los libros contrarios á la fe católica, que no puedan correr libremente, y constando que en el último publicado por la Inquisicion el año 1790 se incluyeron varias obras de autores católicos notoriamente piadosas y útiles, pido á V. M. que usando de la regalía que le compete en orden á la prohibicion de libros, y de la proteccion que debe á la causa de la santa iglesia, tenga á bien nombrar una comision de personas doctas del seno de las Cortes; la qual asociándose, si lo tuviese á bien, con sugetos de fuera, con presencia del dicho índice del año 90 y de los edictos posteriores, forme un nuevo catálogo de los libros perjudiciales, cuya introduccion y curso no deba permitirse en estos reynos, el qual presente á V. M. para expedir en su vista el correspondiente decreto.

Admitida á discusion, dixo

El *Sr. Presidente* : „Esta proposicion se discutirá en quanto se concluya el proyecto de decreto.”

El *Sr. Calatrava* : „Me parece que seria conveniente que se discutiese ahora por ser el asunto análogo al que se trata, y no ofrecer dificultad alguna.”

Habiéndose acordado así, se volvió á leer la proposicion, y su autor expuso los fundamentos de ella en estos términos :

„Los fundamentos de esta proposicion los expuse ayer largamente. Creo haber demostrado hasta la última evidencia que en el expurgatorio del año 90 se echan de menos muchos libros que deberían estar prohibidos, y se hallan otros muy católicos, que no merecen nota ó censura teológica. Expuse igualmente que la proteccion debida á la santa iglesia exige que España tenga un índice expurgatorio formado por principios sábios y de verdadera critica, lo qual no puede hacerse sin que V. M. interponga en ello su autoridad, por ser este derecho inherente á la soberanía. Explicando ayer los fundamentos de regalía de la corona, manifesté que este acto externo y puramente civil en nada se opone á la potestad que tiene la iglesia de calificar las doctrinas, y de condenar las que no sean conformes á la fe, ni menos perturba ó entorpece la accion que tienen para ello los reverendos obispos. No hay, pues, motivo para que V. M. se arredre de tan digna empresa. Supuestos los defectos esenciales del último índice mientras no tenga otro la nacion, así los revisores de las aduanas, como los demas, á cuyo cargo está impedir la introduccion y venta de libros malos, se hallarán en mil dudas y compromisos. Añádense los riesgos del que posea ó adquiera libros buenos prohibidos en este índice; por exemplo, los que cité ayer de Talon y Barclayo. Porque á este, ademas de la excomunion, se le imponen multas y otras penas arbitrarias, quedando sujeto á un juicio criminal de funestísimas consecuencias. El que tuviese sobre esto alguna duda, sírvase leer los prólogos de varios inquisidores generales á los anteriores expurgatorios que se imprimieron juntos con el del reverendo inquisidor obispo de Jaen al principio del índice del año 1790. A imitacion, pues, de Carlos v, que mandó á la universidad de Lovayna le presentase un catálogo de los libros perjudiciales para prohibirlos él con su autoridad, como lo hizo, puede V. M., y á mi juicio debe hacer igual encargo á personas doctas del Congreso, las cuales asociándose con otras de fuera, si lo tuviesen por conveniente, examinando el dicho expurgatorio de la Inquisicion y los edictos posteriores, formen el catálogo de libros, cuya entrada y curso deba prohibir V. M. en estos reynos.”

El *Sr. Ximenez* : „Estoy convencido por lo que ha dicho el *Sr. Villanueva* de que es indispensable esta medida, porque mientras no haya un índice expurgatorio, las aduanas se hallarán sin saber á punto fijo quando han de exercer sus funciones con respecto á permitir ó negar la entrada de libros. Pero segun indiqué ayer, el dictámen de la comision no da margen á esta providencia, pues en el artículo 4 señala esta atribucion al consejo de Estado (*leyó el artículo*). En este supuesto pásesele el índice para que con la brevedad posible lo exámine, y proponga á V. M. lo que le parezca.”

El *Sr. Villagomez* : „He oido la exposicion del *Sr. Villanueva* sin haber

perdido una sola palabra; pero en quanto á la adición que hace, por la qual no solo quiere que se sostengan los derechos y regalías de la autoridad secular, sino que se le dé autoridad para mezclarse en el exámen de los libros que estan por la iglesia prohibidos por malos, no puedo menos de decir que no es asunto de nuestra inspeccion. Y para que se vea lo que hay acerca de prohibicion de libros, leére el decreto del concilio de Trento. (Sesion IV) *de editione, et usu sacrorum librorum*; el qual vertido al castellano dice así: „Considerando ademas de esto el mismo sacrosanto concilio que se podrá seguir mucha utilidad á la iglesia de Dios si se declara qué edicion de la sagrada escritura se ha de tener por auténtica entre todas las ediciones latinas que corren; establece y declara que se tenga por tal en las lecciones públicas, disputas, sermones y exposiciones, esta misma antigua edicion *vulgata*, aprobada en la iglesia por el largo uso de tantos siglos; y que ninguno por ningun pretexto se atreva ó presuma desecharla. Decreta ademas con el fin de contener los ingenios insolentes, que ninguno fiado en su propia sabiduría se atreva á interpretar la misma sagrada escritura para apoyar sus dictámenes contra el sentido que le ha dado y da la santa madre iglesia, á la que privativamente toca determinar el verdadero sentido é interpretacion de las sagradas letras, ni tampoco contra el unánime consentimiento de los Santos Padres, *aunque en ningun tiempo se hayan de dar á luz estas interpretaciones*. Los ordinarios declaren los contraventores, y castiguenlos con las penas establecidas por el derecho. Y queriendo tambien como es justo poner freno en esta parte á los impresores, que ya sin moderacion alguna, y persuadidos á que les es permitido quanto se les antoja, imprimen sin licencia de los superiores eclesiásticos la sagrada escritura, notas sobre ella, y exposiciones indiferentemente de qualquier autor, omitiendo muchas veces el lugar de la impresion, muchas fingiéndolo, *y lo que es de mayor consequencia sin nombre de autor*; y ademas de esto tienen de venta sin discernimiento y temerariamente semejantes libros impresos *en otras partes*; decreta y establece que en adelante se imprima con la mayor enmienda que sea posible la sagrada escritura, principalmente esta misma antigua edicion *vulgata*, y que á nadie sea lícito imprimir ni procurar se imprima libro alguno de cosas sagradas ó pertenecientes á la religion sin nombre de autor, *ni venderlos en adelante, ni aun retenerlos en su casa, si primero no los examina y aprueba el ordinario so pena de excomunion*, y de la multa establecida en el cánón del último concilio de Letran. Si los autores fueren regulares, deberán ademas del exámen y aprobacion mencionada obtener licencia de sus superiores despues que estos hayan revisto sus libros segun los estatutos prescritos en sus constituciones. Los que les comunican ó publican manuscritos sin que antes sean examinados y aprobados, queden sujetos á las mismas penas que los impresores. Y los que los tuvieren ó leyeren sean tenidos por autores si no declaran los que lo hayan sido. Dese tambien por escrito la aprobacion de semejantes libros, y parezca esta autorizada al principio de ellos *sean manuscritos ó impresos*. Y todo esto es á saber: el exámen y aprobacion se ha de hacer de gracia, para que así se apruebe lo que sea digno de aprobacion, y se repruebe lo que no la merezca. Ademas de esto, queriendo el sagrado concilio reprimir la temeridad con que se aplican y tuercen á qualquier asunto profano las palabras y sentencias de la sagrada escritura; es á saber: á bufo-

nadas, fábulas, vanidades, adulaciones, murmuraciones, supersticiones, impíos y diabólicos encantos, adivinaciones, suertes y libelos infamatorios; ordena y manda para extirpar esta irreverencia y menosprecio, y que ninguno en adelante se atreva á valerse de modo alguno de palabra de la sagrada escritura para estos y semejantes abusos: que todas las personas que profanen y violenten de este modo la palabra divina, sean reprimidos por los obispos con las penas de derecho y á su arbitrio.

„En vista de esto yo no sé como los diputados, sean clérigos ó no, sean los de la comision, han de entrometerse en las facultades de los obispos, á quien solo corresponde esto segun el concilio de Letran y el de Trento, que todos los príncipes cristianos tienen reconocido, y en España está admitido y publicado. Yo por lo menos no me juzgo con facultades para ello. Enhorabuena que la comision se componga de sugetos llenos de sabiduría, porque aqui hay muchos que la tienen; pero esto no basta.”

El Sr. Villanueva: „Señor, como ví el otro dia que el Sr. Villagomez sobre un apoyo muy frívolo creyó hallar contradiccion entre la constitucion politica de la monarquía y el concilio de Trento; no me causa ahora gran novedad que llame tambien contradictoria con el mismo concilio la proposicion que se discute. Mas como V. M. es protector del concilio, me temo que se haga esta nueva indicacion con el objeto de impedir ó de retardar la discusion presente. Si es esto á lo que se aspira, aléguese otras causas; mas no esa contradiccion, que no la hay ni su sombra. No me admiraria tanto este desacierto en quien no hubiese asistido á la sesion de ayer. Mas extraño mucho tal inadvertencia en el Sr. Villagomez, que no solo se halló en esa discusion, mas confiesa no haber perdido un ápice de quanto dixe en ella. Porque no habrá olvidado este señor que ese mismo decreto de la sesion iv del concilio Tridentino *de editione et usu sacrorum librorum*, le cité ayer, y declaré el modo como se observa en España; y no con palabras mias, sino del Señor D. Carlos III en su cédula de 1 de febrero de 1778. Pues dixe claramente que en ella, con motivo de algunas dudas sobre el sentido de otra de 20 de abril de 1773, mandó el rey que aun quando los ordinarios exáminen, aprueben y den licencia por lo que á ellos toca para imprimir los libros sagrados de que habla allí el santo concilio, no pudiesen estos imprimirse sin que se presentasen antes al consejo Real para que mande que se impriman, caso de no hallar en ello inconveniente ni perjuicio á la regalía.

„Constando este hecho al Sr. Villagomez, ¿donde cabe que se desentienda ahora de él, para persuadir á V. M. que esta regalía del soberano en órden á la impresion y prohibicion de libros es contraria á lo decretado en aquella sesion por el concilio de Trento?

„A pesar de esto, con la lectura del decreto del santo concilio ha apoyado el Sr. Villagomez la justicia con que clamé ayer contra la conducta de la Inquisicion en la prohibicion de libros. En él detesta la iglesia el abuso de interpretar la sagrada escritura, aplicándola á sentidos profanos y ridículos: abuso tolerado por la Inquisicion en innumerables sermones y sermonarios impresos en los dos siglos anteriores, donde se fuerzen innumerables textos de la Biblia, sacando de ellos aplicaciones irrisibles, y aun errores y heregías. Así se vió en España por largos años puesto en práctica, á vista, ciencia y paciencia de la Inquisicion, el error de Lutero, que

autoriza á las personas privadas para que interpreten la escritura á su antojo. Ocurríame en prueba de esto el sermón de nuestra señora del *Buen Parto*, predicado en la parroquia de S. Sebastian de Madrid, é impreso el año 1734, donde se lee que estima tanto la Virgen este título del *Buen Parto*, que quando le dixo el ángel: *Concipies et paries*, contestó: „*Fiat mihi secundum verbum tuum*; hágase en mí tu segunda palabra”, dando á entender que preferia la dignidad de madre.... Bien conocidos son los *doce pares de sermones* del P. Fr. Diego Oca y Sarmiento, en cuya dedicatoria se alegan las palabras de David: *Dico ego opera mea regi*, en prueba de que por el nombre del autor debía dedicarse la obra al Santísimo Sacramento; porque *Dico ego* es lo mismo que *Diego*. Segun este espíritu se interpreta allí la escritura. Omito otros tales impresos, de que se hallan apestadas nuestras bibliotecas. Ya dixé ayer que la Inquisición, que tan á sangre fria miraba en el pueblo fiel el estrago de este luteranismo práctico, solo tuvo zelo para condenarle en la historia de *Fr. Gerundio*, escrita con el objeto de desterrar del púlpito semejante escándalo, poniéndolo en ridículo. El apoyo de estas reflexiones hubiera sido consecuencia mas legítima del decreto del santo concilio. Mas alegarle como prueba de que no puede poner la mano V. M. en la prohibicion de los malos libros, es desconocer, no diré las leyes de la lógica, sino los límites de ambas potestades, y el agradecimiento con que ha mirado siempre la iglesia el buen uso que han hecho de su autoridad en esta parte los príncipes católicos. ¿Por ventura llevó á mal Paulo IV que Carlos V de propia autoridad prohibiese los libros que le dixo ser malos y perniciosos la universidad de Lovayna? ¿O por este zelo anticipado de aquel monarca se creyó perjudicada en sus derechos la santa iglesia? Ni uno ni otro. ¿O acaso se juzgó por ello desayrada la Silla apostólica? Mucho menos. De la Inquisición no hablemos, pues ya demostré ayer que su autoridad en esta parte era delegada por el príncipe; y así injustamente se hubiera quejado de que no se contase con ella para esta obra. En prueba de ello, aun en esta última época en que se habia procurado oscurecer el origen de su autoridad en esta parte, no se atrevió jamas á reclamar contra las prohibiciones de libros que hizo por sí solo Carlos III en virtud de censuras pedidas, no á los inquisidores, sino á otros cuerpos y personas de su confianza. Y Carlos V ¿de quien se valió para la calificación de los libros que queria prohibir en su reyno? A pesar de que reconocia aquel emperador que la censura de las doctrinas es propia de la autoridad eclesiástica, no creyó embarazar en nada el juicio de la iglesia, valiéndose, como se valió, para la formacion de su índice de personas literatas, quales eran los catedráticos de Lovayna, una de las mas famosas universidades de Europa. Conducta calificada en el concilio Tridentino por el grande arzobispo D. Fr. Bartolomé de los Mártires, el qual juzgó que debía encargarse á las universidades la reforma del índice de Paulo IV, ó la formacion de otro nuevo. El índice de Carlos V le adoptó la Inquisicion de Toledo en 1549, siendo inquisidor general D. Fernando de Valdes. Mas no por esto creyó aquel emperador quedar libre de su responsabilidad en órden á la prohibicion de los malos libros; pues por mandato suyo continuaron los catedráticos de Lovayna formando otro expurgatorio mas copioso y exacto, el qual publicó Carlos V en 1556. Cinco años ántes habia publicado otro índice semejante la universidad de Paris.

„Estos exemplos, aplaudidos por la santa iglesia, autorizan á V. M. para que oyendo á personas literatas y pias, dé á la nacion un índice de los libros irreligiosos y perjudiciales que no deben correr. Haciéndolo así V. M., sobre usar de su derecho, cumplirá con la obligacion que tiene, como soberano católico, de proteger la religion, no permitiendo que se introduzcan en el reyno escritos contrarios al dogma y á la pureza de costumbres. Siendo esto lo único que se pide en la proposicion, es sueño, por no decir otra cosa, llamarla contradictoria al concilio de Trento.”

El Sr. Muñoz Torrero: „Juzgo conveniente que esta proposicion pase á la comision de Constitucion, la qual, con arreglo á lo que determine el Congreso sobre este punto, propondrá lo que le parezca.”

Pasó á la comision de Constitucion.

Leyóse á continuacion el artículo 2 del capítulo II, que dice:

El reverendo obispo ó su vicario, en virtud de la censura de los quatro calificadores de que habla el artículo 3 del capítulo 1 del presente decreto, dará ó negará la licencia de imprimir los escritos de religion, y prohibirá los que sean contrarios á ella, oyendo ántes á los interesados, y nombrando un defensor quando no haya parte que los sostenga. Los jueces seculares recogerán aquellos escritos que de este modo prohiba el ordinario, como tambien los que se hayan impreso sin su licencia. Será un abuso de la autoridad eclesiástica prohibir los escritos de religion por opiniones que se defiendan libremente en la iglesia.

El Sr. Oliveros: „Señor, la comision presenta en este segundo capítulo lo mismo que se ha practicado hasta ahora; y si hay alguna diferencia, consiste en favorecer mas á la autoridad eclesiástica, y asegurar con mayores precauciones la pureza de la religion. En el primer artículo nada hay que advertir. Los reyes sucesores de los Recaredos, Alfonsos y Fernandos imitarán su zelo, y así como estos acabaron con los escritos de los arrianos, priscilianistas, maniqueos y otros hereges, el piadoso y perseguido Fernando y sus sucesores, bien persuadidos de que deben el trono á la religiosa fidelidad de los españoles, procurarán tomar todas las medidas necesarias para que no se introduzcan del extrangero escritos que ofendan á la santa religion que profesamos. Para precaver que ningun español se extravie en sus escritos sobre religion y perjudique á la catolicidad de sus conciudadanos, las Córtes, conformándose con lo dispuesto en el concilio de Trento, exigen en el segundo artículo que preceda la aprobacion del ordinario á su publicacion; no porque este tenga el derecho del *imprimatur*, que fué siempre en España de la autoridad secular, sino porque la nacion española, que ha profesado y promete profesar en la constitucion la sola religion católica, quiere como la iglesia que se sujete el escrito al exámen y aprobacion del obispo ántes de publicarse, observando este lo prescrito en la ley de la libertad de imprenta, que concilia el derecho particular del escritor con el bien de la religion y del estado. Todo escrito que se imprima sin este requisito, será recogido al momento por el juez seglar, como tambien el que prohiba el ordinario con las formalidades de la ley, por ser contrario á la religion; y en esta disposicion halla la autoridad eclesiástica un apoyo que ántes no tenia; pues la Inquisicion, que estaba en posesion de prohibir y recoger los escritos, no lo executaba ántes de haber obtenido el consentimiento real, como consta de la ley III; tít. xxxiii, lib. vii de la novísima Recopilacion.

Debe entenderse comprehendido en la prohibicion de que se habla en este artículo 2 todo quanto está dispuesto en las leyes acerca de la expurgacion de los escritos; pues no es justo privar á los españoles del mérito de una obra interesante por una sola proposicion ó título.

„En el artículo 3 debe fixarse la atencion, para que no se confunda con lo que se dispone en el 8 del capítulo precedente. Allí (como ya dixé) se habla de las apelaciones en las causas criminales, y por esto se ordenó que siguiesen los mismos trámites que se siguen en las demas; en este se tratará regularmente de la doctrina, y por lo tanto se manda que se interponga la apelacion ante el juez eclesiástico á quien corresponda, pues las Córtes no intentan mezclarse en esta parte de disciplina, sobre la qual el concilio nacional decretará ó propondrá lo que le parezca.

„Está visto que los jueces seculares recogen los escritos que los ordinarios han prohibido como contrarios á la religion, sin haberlos examinado ni tomado conocimiento de su contenido: providencia interina que precave el mal por de pronto, y que es preciso que se generalice, para que los escritos perniciosos, que como tales han sido prohibidos por los ordinarios, y recogidos por el juez secular, sean prohibidos en toda la monarquía, impedida su circulacion, y recogidos en donde quiera que se hallen; consecuencia necesaria de la proteccion que el estado dispensa á la religion católica. Mas para esto es tambien necesario que el estado se entere de que los libros no se prohiben por el ordinario porque contengan doctrinas conformes á las regalías, ó sea derechos de la nacion. Las prohibiciones políticas y no religiosas, aunque fuesen del Sumo Pontífice, tendrian los mismos efectos que las que se hicieron en Roma del Solórzano, Salgado y otros autores españoles, de las que no se hizo aprecio, y fue prohibido en España que se observasen: vienen, pues, á ser estas prohibiciones ó decretos de los ordinarios como los decretos conciliares, bulas y breves que se presentan al rey, que se retienen ó publican, previas las formalidades que se hallan prescritas en la decimaquinta facultad del rey, artículo 171 de la constitucion; y esto es lo que se previene en los dos artículos últimos de este capítulo 11 del proyecto. Los ordinarios denuncian al rey por la secretaría respectiva de la Gobernacion los libros que han prohibido como contrarios á la religion, y que en su consecuencia han recogido los jueces seculares para prevenir el mal. El rey, previo el dictámen del consejo de Estado, que oye tambien á una junta de hombres ilustrados, remite á las Córtes la lista de los que deben prohibirse para su aprobacion: formalidades que se requieren por la constitucion para la formacion de las leyes que se hacen á propuesta del rey. De este modo la autoridad secular prohíbe por una ley los escritos contrarios á la religion en toda la monarquía, y sostiene por la fuerza pública y con las penas temporales la prohibicion hecha por la autoridad eclesiástica. Si se reconociese que las prohibiciones hechas por esta autoridad eran contrarias á las regalías ó derechos de la nacion ó de los particulares, no tendrian mas efecto que las que tuvieron las de los autores citados; y acaso podría ser un cargo á los mismos ordinarios, sin que pueda decirse que la autoridad temporal se mezclaba ó introducía á juzgar de las materias de religion, pues en esta parte sostendrá las providencias de los ordinarios.

„Por estos principios se ha gobernado hasta ahora la monarquía: prin-

cipios inculcados por los fiscales de los consejos, y muy particularmente por los condes de Campomanes y Floridablanca en la respuesta dada al consejo extraordinario, que ademas de otros magistrados, se componia de los arzobispos de Burgos y Zaragoza, y los obispos de Oribuela, Albarracin y Tarragona, con la que se conformó dicho consejo en 30 de noviembre de 1768; cuya consulta fue extendida con motivo de la representacion del inquisidor general, en la que se quejaba de la ley ya citada de la Recopilacion.

„Dicen, pues, así: „cosa grave y gravísima es prohibir obras con que se impida la pública instruccion, y se ofenda la fama de autores acreditados, y mucho mas si tratan de regalías y defensa de la jurisdiccion, y se han escrito por ministros del rey, á quienes se intente perseguir; y así con razon dixo el consejo en las dos consultas citadas, que el inquisidor general, antes de tomar resolucion ni ejecutarla, debia hablar y haber dado cuenta á S. M. El rey, como patrono, fundador y dotador de la Inquisicion, tiene sobre ella los derechos inherentes á todo patronato regio. Como príncipe liberal, que enriqueció la Inquisicion con el ejercicio de la jurisdiccion real, compete á S. M. la preeminencia y autoridad inabdicable de velar en el uso de la misma jurisdiccion, aclararla y dirigirla, reformar sus excesos, coartarla, y aun quitarla, como lo hizo el señor emperador Carlos V., quando lo pidiere la necesidad ó la utilidad pública. Finalmente S. M., como padre y protector de sus vasallos, puede y debe impedir que en sus personas, sus bienes y su fama se cometan violencias y extorsiones, indicando á los jueces eclesiásticos, aun quando puramente procedan como tales, el camino señalado por los cánones, de que tambien es protector, para que no se desvien de sus reglas. Esto que la voz de todas las naciones, la de nuestras leyes y una costumbre antiquísima llama regalía, potestad económica y tuitiva, proteccion del reyno y de la disciplina exterior de la iglesia, se ha exercitado sin interrupcion en el remedio de alzar las fuerzas, en el uso de las retenciones, en las resoluciones protectivas de la sala de gobierno del consejo, y en las providencias tomadas para el régimen de la Inquisicion por los señores reyes. Ahora se ha de considerar que si las regalías de proteccion y del indubitable patronato han podido fundar sólidamente la autoridad del príncipe para las providencias que se ha dignado dirigir al Santo Oficio en calidad de tribunal eclesiástico, con mucha mayor razon que otro alguno debe el de la Inquisicion manifestarse subordinado, y reconocer las facultades de aquella mano benéfica que le honró y distinguió con el ejercicio de la jurisdiccion real. ¿Quien duda ya que la prohibicion externa y pública de los libros, con la imposicion y comunicacion de penas y procedimientos reales y corporales, es efecto de la potestad temporal? No se debe confundir la potestad declaratoria de los errores y doctrinas en materias de religion, ni aun la de prohibir su uso baxo penas espirituales, con la autoridad pública temporal, que hiera ó se dirija contra las personas, fama y bienes de los vasallos.

„No se puede negar que el declarar si una doctrina es ó no herética, pertenece á la potestad de la iglesia: tampoco se debe negar que en la misma iglesia reside la necesaria autoridad de advertir á los fieles el género, la especie y el número de los errores que declare, señalar y execu-

Ppp

tar en la línea espiritual las penas canónicas que convienen á los contraventores y contumaces. Pero declarados ya los errores, heregías y prohibiciones por la competente autoridad eclesiástica, ¿quien podrá dudar que al príncipe temporal corresponde hacer ó autorizar la publicacion de las leyes prohibitivas de los mismos errores para el efecto de obligar precisamente á los vasallos á su observancia, y apremiarlos real y corporalmente? Los vasallos advertidos del error y conminados con la pena canónica podrán quedar fuera de la comunión de la iglesia, si contravienen; pero si fueren malos hijos de tan santa madre, continuarian en la contravención, y no serian efectivamente observadas las prohibiciones, mientras no haya un poder temporal que les quite por la fuerza los libros en que beban la mala doctrina; que impida su introducción y expedición dentro del territorio; que ate las manos empleadas en imprimirlos, copiarlos ó expendellos; que encarcele, multe y castigue corporalmente á los contraventores, y que autorice la infamia, nota, privación de bienes, ú otras demostraciones y penas en la comunión civil. Estos principios elementales son generales á todos los procedimientos temporales del Santo Oficio, y se hallan autorizados desde su erección en la intervencion y facultades de que han usado los señores reyes de España, sobre que se pudiera hacer una muy larga relacion con documentos irrefragables. Pero para no desviarme del objeto de esta respuesta, bastará insinuar que la regalía en materia de impresion, expedición y prohibición de libros es clara y observada inconcusamente en nuestras leyes. Prescindiendo de la pragmática de los señores Reyes Católicos del año de 1502, que cometió el conocimiento de libros y la licencia para su impresion y venta á los presidentes de Valladolid y Granada y algunos prelados, tenemos la de 7 de setiembre de 1558, que es la ley xxiv, tit. vii, lib. i de la Recopilación, en que haciéndose cargo de los muchos libros que habia y se introducian, en que habia heregías, errores y doctrinas falsas, sospechosas y escandalosas, y de muchas novedades contra nuestra fe católica y religion, como tambien materias vanas, deshonestas y de mal exemplo, á instancias de los procuradores de Cortes expresó el Sr. Felipe ii que á S. M. pertenecia proveer en todo lo susodicho; y habiéndolo mandado practicar con el consejo, resolvió publicar esta pragmática en que prohibió á los libreros, mercaderes y cualesquiera personas, so pena de muerte y perdimiento de bienes, introducir, vender, ni tener libros, ni obras vedadas por el Santo Oficio, y mandó que para que mejor se entendiesen los que eran, se imprimiese el catálogo ó memorial que se habia hecho, y que le tuviesen los mercaderes y libreros, y se pusiera en parte pública.

„Dos consideraciones, entre otras, ofrece esta ley, una que el señor Felipe ii dicese pertenecer á V. M. proveer en todo lo susodicho; lo qual entendido en la forma expuesta por los fiscales, es indubitable. Y otra que para la impresion y colocacion en *parte pública* del catálogo ó memorial hecho por los inquisidores, fuese preciso que tambien lo mandase S. M. En efecto el señor emperador Carlos v en consecuencia de sus altas regalías, y de su soberana proteccion y patronato, habia contribuido á que el encargo hecho por la bula de Paulo iii de 1539 á los inquisidores para la expurgacion de libros, fuese observado en España para el efecto de proteger con excomuniones la observancia de los índices que

se hiciesen; pero nunca se desprendió S. M. de sus preeminencias reales y de proteccion; y así mandó formar el primer índice en 1546 á la universidad de Lovaina, que lo hizo publicar é imprimir; encomendando al inquisidor general D. Fernando Valdes, que lo auxiliase y fortaleciese con censuras. El mismo emperador y su hijo Felipe el Prudente continuaron interponiendo su autoridad real en las impresiones y publicaciones posteriores, siguiendo despues la Inquisicion el estilo de no publicar tales índices ó catálogos de libros prohibidos sin consulta de los señores reyes. Así sucedia por el año de 1679, en que imprimió su obra el doctor Juan Antonio de Lanza, comisario del Santo Oficio, que testifica aquel debido estilo. El origen antiquísimo de la regalía en las publicaciones de expurgacion y prohibicion de libros y otros puntos consiguientes al que se va tratando respecto á la Inquisicion, se hallan doctamente vertidos por los señores ministros, que extendieron voto separado en la consulta del consejo que precedió á la real pragmática y cédula de 18 de enero de 1762. Por lo mismo excusan los fiscales referir lo que el consejo tiene repetidamente visto en la consulta al consejo ya citado."

"Aplicados estos principios al estado regular á que se han reducido las cosas, pertenecerá á los obispos la calificación de las doctrinas y la prohibicion con penas canónicas de los escritos que ofendan á la religion; y á la potestad legislativa temporal la prohibicion exterior de los mismos con penas temporales, recogimiento de ellos, y castigo de los contraventores; que es cabalmente lo que se prescribe en todo el capítulo, y señaladamente en los dos últimos artículos."

El Sr. *Ximenez*: „Señor, este artículo principia de este modo: „el reverendo obispo ó su vicario dará ó negará la licencia de imprimir los escritos de religion." Ni hay cosa mas clara que esta proposicion, ni cosa mas oscura si no se entiende bien. ¿Qué se entiende por escritos de religion? He aqui una question demasiado importante, y su importancia se acredita por la experiencia. Hay muchos escritos que se imprimen sin licencia, á pretexto de ser de materias civiles ó políticas, aunque hablen á su placer de la religion; estos corren impunemente abusando de la libertad de imprenta, que nunca se extendió á este punto; y jamas se cree que se han excedido de los términos de la ley, aunque apenas quede punto de religion que no repasen y critiquen. Este abuso, Señor, me parece que debería corregirse en este artículo.

„Hay otros escritos que aunque traten de puntos de religion, nunca se dice que son escritos de religion; porque se piensa que por religion no debe entenderse otra cosa que los artículos y dogmas de la fe, los sacramentos de la iglesia, y los preceptos de la moral; en una palabra, un catecismo. Baxo estos términos son muy pocos los escritos de religion que se imprimen en el día, y muchos menos los que se pueden prohibir; porque la máxima constante de muchos anticatólicos ha sido siempre y es hoy vendernos sus ideas irreligiosas, quando mas afectan política, humanidades, filosofia, y nada de religion; y por eso son muy muchos los escritos que á pretexto de no tratar de la religion, se esparcen libremente y con frecuencia, combatiendo y ridiculizando al mismo tiempo la religion. Bastante notorios son los exemplares de muchos escritos condenados por los obispos como contrarios á la religion, sin que se haya pensado

en sujetarlos á la licencia de los ordinarios, ni en imponerles la pena en que por falta de esta licencia han incurrido; ¿y por qué? porque no se tienen ni se han tenido por escritos de religion.

„Señor, escritos de religion deben llamarse no solamente aquellos que se limitan á tratar únicamente de los dogmas revelados, sino tambien todos los demas que por incidencia tratan de ellos; todos los demas que tratan de las prácticas de devocion y de piedad con que el pueblo conserva los efectos de la religion; todos los demas que esparcen máximas, que si bien no son verdaderos errores ó heregias, son ocasion de escándalo á los débiles ó á los poco ilustrados, de que hay y habrá siempre un gran número, no solo en la plebe, sino tambien en los que no son plebe; todos los demas que tratan de materias afines á la religion, y de que es indispensable el tránsito y la mezcla en puntos de religion; todos los demas que hablan de jurisdiccion y disciplina eclesiástica, de instituciones religiosas, y de otros cualesquiera puntos, cuyo conocimiento, exámen y reforma depende de la iglesia: todos estos escritos deberian llamarse escritos de religion, y sujetarse por lo tanto á la licencia de los obispos para su impresion: en fin todos los demas que no se reducen exclusivamente á tratar de materias civiles y políticas y no mas, que son los límites de la libertad de imprenta establecida por la constitucion.

„De lo contrario no dudé V. M. que al paso que el pueblo español por un abuso indispensable de esta libertad se irá desmoralizando cada dia, se quedará al mismo tiempo sin adquirir una verdadera y sólida ilustracion. Ya lo vemos por la experiencia; por una parte casi no encuentra buenos y doctos escritos que lo instruyan, y se halla rodeado por la otra de una infinitud de papeles, de una multitud innumerable de folletos, que pueden llamarse la afrenta de la cultura española en un siglo el mas culto, en un siglo de tanta ilustracion, y en una época en que la libertad de la imprenta, sabiamente acordada por V. M., deberia haber esparcido muchas luces útiles por la nacion; ¿pero cómo ha de ser? si por desgracia nuestra, Señor, por desgracia nuestra solo se emplean y se han empleado hasta aquí casi todos los escritores ó folletistas públicos en desahogar sus pasiones particulares, en fomentar el chisme y la discordia, en calumniar, ridiculizar, criticar, infamar sin necesidad ni utilidad pública las personas y el buen nombre de los ciudadanos; y lo que es peor de todo en vomitar sarcasmos, burlas y dicterios contra muchas verdades de religion, y contra muchas máximas y prácticas piadosas, que sin meterse en impugnar, solo tratan de ponerlas en ridículo; pues todos estos atentados no se hubieran realizado, ni realizarian en adelante, si se sujetase á la licencia de los obispos la impresion de todos los escritos que se mezclan de algún modo en puntos relativos de qualquiera manera á la religion, aunque no sean sus dogmas y artículos revelados. Esto seria conforme á lo que dice el concilio de Trento hablando de este punto, y exigiendo la licencia de los ordinarios para imprimir los escritos que traten de materias sagradas y pertenecientes á la religion. Así que, yo querria que se añadiesen á esta primera parte del artículo algunas palabras que explicasen esta idea, para evitar los perjuicios que experimentamos.

„Porque, Señor, yo no lo he soñado; lo he visto, lo he oido, y estoy autorizado para creerlo por innumerables testimonios, que esta impudencia

de los escritores públicos en puntos religiosos, ha comprometido mas de una vez el buen nombre de V. M., y me temo aun que llegue á comprometer tambien en cierto modo la tranquilidad pública por la indignacion, por la efervescencia general que causan en los ánimos de los pueblos semejantes escritos tan impolíticos como poco religiosos. Me parece, pues, este asunto muy digno de que V. M. lo tome en consideracion."

El Sr. Argüelles: „Señor, quanto mas leo el artículo 2, mas me convenzo de su exáctitud, y que todo quanto ha expuesto el señor preopinante no es sino una difusa reproduccion de lo que dixeron, quando se estableció la libertad de imprenta, los señores diputados que se opusieron á ella. En aquella ocasion, previendo varios señores eclesiásticos el abuso que podria hacerse de esta ley saludable, con la qual solo se devolvió á los ciudadanos un derecho que tenían, expusieron los males que creyeron podian originarse; sin embargo, comparándolos el Congreso sabiamente con las ventajas que resultarían, aprobó aquel reglamento, sin tomar en consideracion las vagas declamaciones de que los pueblos se escandalizan y la religion padece; declamaciones que nada significan, y cuya insuficiencia y futilidad se hace evidente con el resultado contrario. Señor, es imposible fixar la línea divisoria entre las materias que pueden llamarse de religion y las políticas; y si no fuese por esta dificultad, ninguna habria para establecer una libertad de imprenta, segun desean algunos señores diputados. El único medio para evitar los daños que se temen, es abolir la libertad de imprenta: este es quizá el que algunos quisieran que se adoptase; y no atreviéndose á proponerlo abiertamente, no pierden ocasion de ponderar males y peligros que no existen, ó que son infinitamente inferiores á las ventajas. Yo no dudo que de esta manera se atajaria el mal en su origen; pero así lo atajaba la Inquisicion; y de esta manera vendríamos á parar en que era necesario para que un hombre no hiciese daño á otro tenerle siempre atadas las manos. Pregunto yo al señor preopinante que tanto honor ha hecho á la nacion, diciendo que hoy vivimos en el siglo ilustrado, ¿no se resiente este de que hayamos estado privados, no de escritos heréticos, sino de infinitas obras científicas que han estado y estan prohibidas baxo el pretexto de que se mezclaban en cosas de religion? ¿Pues qué no debe servir de exemplo la conducta de los santos Padres que sostuvieron la religion católica con sus escritos y sabias producciones? ¿No es obligacion de los señores eclesiásticos desvelarse dia y noche para impedir y evitar que cundan esas doctrinas? ¿Para qué estan los obispos, Señor? ¿Para qué el señor preopinante y demas eclesiásticos dotados de ilustracion y virtud, sino para que impugnen y destruyan las ideas que puedan propagar los escritos heréticos? Por esto en todos los paises católicos han conseguido la consideracion á que son acreedores. Por lo demas, lo que propone el Sr. Ximenez es lo mismo que decir que se adopte una censura previa en todas las obras en que á discrecion del obispo haya asuntos de religion. ¿Y qué escritos se imprimirán entonces en España? ¿Sobre qué materias se escribirá, que no dicesen que se rozaban con la religion? Lo que dice el concilio de Trento es con respecto á los escritos que hablan *en profeso* de religion; y en quanto á estos buen cuidado tendrán de examinarlos los obispos en tiempo oportuno, calificarlos, y reclamar la autoridad política, si hubiese omision en prohibirlos: lo demas es echar por

el atajo, y poner la cosa en peor estado que antes. Las decisiones del concilio de Trento no deben tergiversarse; y yo aseguro que si fuesen en los términos que se quiere suponer, Felipe II, que era tan zeloso de su autoridad, no les hubiera dado entrada en el reyno. Confieso desde luego que puede haber algun abuso. ¡Oxalá estuviéramos en un siglo y en una nacion en que no los hubiera! Pero es menester que todo se pese, esto es, los males y las ventajas. Es necesario tambien no desentenderse de que quando mas floreció la religion católica fué quando no se conocia prohibicion de ninguna especie, ni se apelaba á estos terribles castigos de la Inquisicion. Yo veo que los santos Padres no se arredran de que los hereges escribiesen lo que quisiesen, sino que los confundian con razones y pulverizaban sus escritos. Y aquí que se imponen penas temporales; todavía no se tiene por bastante? ¿Qué hemos de hacer? Dígase claramente que no se quiere libertad de imprenta. Creo que el artículo está sabiamente extendido. En hora buena que procedan los obispos con todo detenimiento; pero ninguno se creará tan lleno de sabiduría, que no pueda ser alguna vez falible; y haciendo lo que se propone el artículo, se dará mas peso á la autoridad de los mismos prelados. Creo que se precave qualquiera mal siempre que se dé traslado de la censura á la parte, y que se la oya: porque puede dar tales explicaciones que convenzan al obispo, ó á lo menos le manifesten que no ha tenido intencion de errar. Es de derecho divino, natural y positivo que antes de declarar á un individuo incurso en heregia, se le dé traslado. Por otra parte yo no veo esa conmocion que se supone en el reyno. Por lo que hace á personalidades, yo quizá pudiera resentirme mas que el señor preopinante; pero al cabo los hombres públicos tienen esta pension, y la censura es un mal que trae muchos bienes; porque al hombre que tiene alguna vergüenza le obliga á obrar en términos de no merecerla. No dudo, pues, que el Sr. Ximenez imite á sus compañeros, despreciando invectivas y personalidades que su conducta sabrá desmentir. Por último este artículo está conforme á los principios adoptados por el Congreso, y desearia que no retrocediéramos en los principios, ni reprodujáramos los ya muchas veces contestados."

El Sr. O-Gavan: „Juzgo muy oportuno que en este artículo se haga alguna pequeña explicacion, para evitar las dudas y cavilidades que inventen la ignorancia y la malicia. Como en el decreto expedido en noviembre de 1810 sobre la libertad política de la imprenta, cuya observancia se renueva ahora por esta ley, se advierte que el artículo 4 trata de los escritos licenciosos, y contrarios á la decencia pública y buenas costumbres: el 5 habla de los jueces y tribunales que han de entender en la averiguacion, calificacion y castigo de los abusos de la persona; y el 6 se contrae determinadamente á las materias de religion, como sujetas á la censura de los ordinarios eclesiásticos, esta separacion ha dado motivo á que se crea, aunque con temeridad, que los escritos contrarios á las buenas costumbres no estan baxo las mismas leyes, y la misma autoridad que los opuestos á las verdades dogmáticas, conceptuando la moral pública como un objeto meramente civil sin ninguna relacion ó dependencia del sistema religioso.

„En prueba de que ha tenido patronos este error, he visto imprimir en uno de los paises de ultramar varios folletos tan indecentes y obscenos como el poema mas inmoral de Voltaire. El obispo trató de usar de sus

nativos derechos, y de los que expresamente señala el Tridentino para proscribir las doctrinas perniciosas; y se pretendió sostener á la sombra de la ley expedida por V. M., que no debía el ordinario eclesiástico extender su conocimiento á los papeles de esta naturaleza; sino limitarse á los que atacasen abierta y directamente los dogmas de la fe católica. Se ve desde luego que no conoce los principios y el objeto de nuestra religion; ni las facultades de los obispos; quien se atreve á presumir que los pastores de la iglesia no deben velar incesantemente sobre la pureza de las costumbres, condenando y proscribiendo quanto pueda alterarlas ó corromperlas. Pero á fin de evitar tales cavilaciones, y que en ningun tiempo se escuden con las santas leyes de V. M., desearia que se aclarase el artículo haciendo especial mencion de los escritos inmorales.

SESION DEL DIA 5 DE FEBRERO DE 1813.

Continuó la discusion del artículo 2 del capítulo II, habiendo substituido la comision á las palabras: *en virtud de la censura de los quatro calificados, de que habla el artículo 3 del capítulo I*, la cláusula siguiente: *previene la censura correspondiente de que habla la ley de la libertad de imprenta (véase la sesion del día 3 del actual)*.

El Sr. O-Gavan: „En la sesion anterior indiqué á V. M. quan oportuno seria extender el artículo en estos términos: „el reverendo obispo ó su vicario.... darán ó negarán la licencia de imprimir los escritos de religion, y prohibirán los que sean contrarios al dogma y á las buenas costumbres &c.” Bien conozco que esta explicacion se reputará como superflua, respecto á que diciéndose *religion*, se comprehenden desde luego sus partes esenciales; esto es, la *doctrina* que abraza los dogmas de la fe, las *costumbres* ó las acciones del cristiano, que deben ajustarse á la sana doctrina, y la *disciplina* que contiene los ritos litúrgicos y la forma externa de la administracion eclesiástica. Pero, Señor, sin embargo de ser estas unas verdades elementales, ya he dicho que se ha pretendido alguna vez substraer de la idea *religion* el atributo de las costumbres; y en consecuencia defraudar á los obispos de uno de los objetos primarios de su divino ministerio, qual es la conservacion de la moral; á pretexto de que la ley establecida por V. M. para asegurar la libertad política de la imprenta, habla con distincion y en artículos separados de los escritos inmorales; y de los que ofenden la religion.

„El artículo 6 de la ley citada renueva lo dispuesto en el Tridentino. Además de lo que previene este concilio ecuménico en el decreto *De editione et usu sacrorum librorum*, son de notar tambien, en apoyo de la adicion que llevo insinuada, las diez reglas formadas por los Padres de aquel sínodo, á que se contrae la bula *Dominici* de Pio IV expedida en 1564. En el artículo 2 de este índice se condenan absolutamente ciertos libros que tratan *ex profeso* de la religion; y en el 7 se dice: „Debiendo cuidarse no solo de los dogmas de la fe, sino tambien de las costumbres, que fácilmente se corrompen con la lectura de los libros lascivos ú obscenos, se prohíben de